

*paga, paga*; como si el pobre Colon fuera la causa de todas sus desdichas, y el que debía expiar todas sus culpas. Se necesita ignorar finalmente las iras de ultra-tumba; pero es mejor que yo calle, porque de otro modo podrían seguirse de ahí palabras demasiado graves y afrentosas para una nacion, que sin embargo fué grande y tiene prez y méritos innegables en medio de grandes defectos.

El mismo P. Spotorno opinaba de muy distinta manera que el señor Sanguineti. Dice en efecto: «pero, más terrible conjuración se formaba en España con los malcontentos ocultos allá, quienes, parándose en las calles donde debían pasar los Reyes, gritaban en alta voz contra el Almirante, y, si acertaban á ver á sus dos hijos Diego y Fernando, pajes de la Reina, les llenaban de oprobios con las palabras más calumniosas del mundo. (Véase la introducción al Códice Diplomático Colombo-Americano, página 54).» «Pues bien, continúa Sanguineti, ¿qué afrenta no habría sido para el padre y el hijo semejante mención en tal materia? Al contrario, el silencio está contra él. Apelaremos, empero, á otro silencio, que es todavía más elocuente que este: Fernando Colon refiere en su historia el matrimonio de su padre con la Perestrello, el nacimiento de Diego y la muerte de esta mujer: del segundo matrimonio no hace siquiera la más mínima mención: ¿cómo se explica esto?» Respondo: porque aquello lo exigían de una manera especial las varias fases por las que había pasado su padre en Portugal; el estado de ánimo con que viudo, pobre, afligido, y por añadidura con la carga de un hijo pequeño, se marchaba de aquel reino y entraba en España; el deseo de pagar un tributo de aprecio y cariño al buen Guardian del convento de la Rábida, que les había acogido tan amorosamente y había querido tener á su lado aquel hijito durante el tiempo en que Colon estaba ausente para sus negocios. Y además no es cierto que Fernando no hablara del matrimonio de su padre con Beatriz. Habla de él, diciendo que había tenido hijos en ella, y lo indica también implícitamente, según el sentido bien entendido que se aplica á esta palabra, cuando se habla de él á título de honra, y de cosa que puede resistir la luz del día. Insiste Sanguineti preguntando: «¿Se avergüenza de ello?» De ninguna manera, ántes al contrario se envanece. «Creo que me tiene más cuenta descender de padre tan ilustre, etc., etc.»

«Meditese bien, continúa el adversario, lo que dice Fernando cuando nos presenta á su padre cansado de las dilaciones y negativas, en actitud de abandonar para siempre la España.» «Sin embargo, por el deseo que por otra parte tenía de dar esta empresa á España, accedió á la voluntad y ruegos del fraile; porque le parecía verdaderamente que era natural entónces de España por el mucho tiempo que en ella había vivido, mientras se había dedicado á su grande empresa, y también por haber tenido hijos en ella (Capítulo XII).» Este lenguaje me parece muy claro. No obstante, el pasaje no parece muy del agrado del adversario y nos advierte que estemos muy prevenidos: «Nótense bien, dice, y medítense estas

últimas palabras: ¿Por qué no habla de un matrimonio, de una esposa viva, de un hogar doméstico? No nos dice nada de todo esto; *haber tenido hijos* y basta,» y debía bastar. ¡Esto es natural!

Pocos días há que un periódico español, *Las Novedades*, adicto á la candidatura del Duque de Montpensier para el trono de España, entre los títulos que citaba para demostrar su adhesión al país, ocupaban un puesto muy principal el haber vivido muchos años en él y haber tenido hijos allí: exactamente de la misma manera como se expresaba Fernando Colon respecto del héroe. No creo que el señor Sanguineti quiera negar la legitimidad de los hijos del sobredicho Duque por el solo motivo de que el periodista no indicó por añadidura su legítima esposa de quien los tuvo. Hé aquí, efectivamente, las palabras textuales del periódico español: «Quién posee, dice, tantas prerrogativas como don Antonio de Orleans, príncipe por nacimiento... conocedor de nuestro país (España), donde vive de veinte años acá, donde han nacido sus hijos...» Recuérdese, además, que Fernando no tenía el propósito ó el plan de escribir una historia del matrimonio ó de los matrimonios del padre, sino de tocar de paso los motivos y prendas que ligaban su corazón á España, entre los cuales, como muy principal, se contaba precisamente el haber tenido hijos en ella. Cualquiera que sepa lo que es el amor de padre se convencerá fácilmente de esto.

«El señor Roselly quiere sacar mucho partido, dice el señor Sanguineti, de una palabra que se encuentra en una carta que escribía el Almirante, para grangearse la protección de un amigo cuando volvía preso de las Indias, en la cual recuerda los servicios que prestó á España, por la cual dejó *mujer é hijos*.» Y con razón, y me parece que su argumento es concluyente, decisivo; y podía añadir Colon (si no lo sabía el amigo), que la dejó jóven en España, y en medio de tantos peligros, como todos saben, para cuidar, en tan lejanas regiones, los intereses y asuntos del país, que tan mal le recompensaba. «Y, sin embargo, exclama Sanguineti, ved un argumento incontestable!... ¿y quién niega que Beatriz fuera mujer?» Esos son verdaderos juegos de palabras y puerilidades que no debieran tener cabida en la inteligencia de un escritor formal ó que quiera pasar por tal. «Mi *mujer* (en concepto del señor Roselly, prosigue Sanguineti), se halla usado también en sentido de esposa,» y este es precisamente el sentido, replico yo, en que exclusivamente lo usó el héroe, y en que lo usan los españoles. El Diccionario francés-español y español-francés de don José Fonseca, dice: *mujer F. F. femme — femme mariée (mulier)*.» Pase, dice Sanguineti; y ¿qué se deduce de esto? ¿Cómo probará él (Roselly) que aquí se entiende en este sentido, cuando todas las razones militan INEXHORABLEMENTE á favor del otro?» Visto está como militan inexorablemente á favor del otro.

«Pero la reina Isabel y el rey Fernando, (continúa Sanguineti), amaron al

pequeño Fernando Colon y lo tuvieron de paje en la Corte. Carlos V le apreció particularmente.» Pues, ¿cómo podía ser esto con aquel borron de origen? Á esta objecion que el Reverendo Sanguineti conoce que se le puede hacer, contesta: «Existen las sanatorias.» Tengo indicadas ya las sanatorias que había segun la falsa opinion contraria: yo no sé otras para el hermoso corazon de Colon y su extraordinario amor de padre. Nótese que no tenía más que un hijo de su primer matrimonio, y podía premorirle, y tenía grande interes en asegurar la suerte de su descendencia; los títulos, privilegios, mayorazgo, almirantazgo, etc., etc., que debía dejar trasmisibles á sus hijos y á sus descendientes. Quizas el mismo Fernando, que entró en el estado eclesiástico, despues de la muerte de su padre, no pasó nunca al del sacerdocio para estar pronto á cualquier evento, y, con mayor motivo, cuando los dos tíos Bartolomé y Diego no se habían casado tampoco, ántes al contrario el último era sacerdote.

Continuemos, empero.

«Tampoco se sabe siempre todo, prosigue el profesor Sanguineti, especialmente de quien está en posicion muy elevada.» Parece extraño que el señor Sanguineti, que no obstante es hombre de experiencia en las cosas humanas, y en las costumbres de las cosas señoriales, caiga en semejantes anacronismos. Falta ver que tratándose de admitir en la corte á un hijo de Colon en cualidad de paje, puesto tan solicitado y envidiado, objeto de tan escrupulosos informes, en una corte tan ceremoniosa como la de España, no se indagara, siquiera superficialmente, cómo y de qué manera era Fernando hijo de Colon, quién era su madre, dónde estaba, porqué no iba á verle estando ausente su padre, niño como era de unos ocho años próximamente, cuando fué admitido en la corte. Y si iba á verle, ¿no la conocían, no sabían sus aventuras, su vida? ¿no sabían nada aquellos cortesanos tan astutos y maliciosos que sabían los secretos más ocultos, no sólo de la corte de España, sino tambien de las extranjerías, que estaban bajo la direccion de un hombre sagaz, y de vista de lince como lo era el rey Fernando? ¿Es probable todo esto?

Soy de parecer que el reverendo Sanguineti no tomaría á su servicio á un criado, sin haberse informado primeramente de su pueblo natal, nombre, apellido y procedencia. Esto es muy natural: ¿y no se informarían los grandes Reyes y príncipes, de pajes, chambelanes, damas de honor, etc., etc. Siéntese extraordinario disgusto cuando se reflexiona que, con semejantes argumentos, se quiere manchar la fama del grande hombre y de su familia. ¿Hallárase en disposicion el señor Roselly, continua preguntando el señor Sanguineti, de librar un certificado de buena conducta, un diploma de inocencia bautismal á Fernando el Católico y á Carlos V? Nô, ciertamente, le contestaría Roselly; y tampoco á muchos otros. «Don Alfonso, arzobispo de Zaragoza, continua Sanguineti, nombrado por Fer-

nando regente de Aragon, protestaría en contra, y otros tres, á lo ménos estarían con él: la Duquesa Margarita, esposa de Alejandro de Médicis, y el héroe de Lepanto acusarían á Carlos V.» Muy bien, contesto yo; pero, ¿no advierte el Reverendo Sanguineti, que con esto se opone al argumento anteriormente presentado á favor de su opinion, esto es, que aún concedido que Fernando Colon hubiese sido hijo ilegítimo del padre, no obstante los cargos, méritos y reverencia debidos á Colon, habrían aconsejado el silencio? ¿Quién era más grande que Fernando y Carlos V? ¿Quién más elevado que ellos por su crédito, virtudes y méritos, especialmente mientras vivían? ¿Quién más obligado á callar sus faltas que sus súbditos, y especialmente, los cortesanos y favorecidos? Además del respeto por sus elevados cargos, existía el otro poderosísimo medio de hacerse respetar en la tierra, el tener ellos el *merum* y *mistum imperium*, el *jus gladii*; y sin embargo se supo todo, la historia no calló nada, ni siquiera los bastardos de otros príncipes y grandes no ménos poderosos, cuyas flaquezas se hallan registradas en los anales de los pueblos. De Colon, al contrario, nada de esto absolutamente se dice: ¿qué hemos de deducir?

¡Oh, en que berenjenal nos ha metido el señor Roselly! «No dándose al contrario por vencido, como creía, va exclamando Sanguineti: Qué nos obliga á confundirnos con su imprevisor y mal aconsejado celo!» Estas palabras nos hacen reir y demuestran una ingenuidad en el señor Sanguineti que no debemos llevar á mal si quiere tenerla en cuenta; pero nos hace reflexionar que no ha sido el señor Roselly quien nos ha metido en este berenjenal, sino precisamente él, el señor Sanguineti, y lo que es peor, que ha procurado meter tambien en el mismo al pobre Colon que nunca anduvo por él, ni se lo esperaba ciertamente de los venideros, y especialmente en la Liguria, y sobre todo de sus admiradores y amigos. El pobre Colon, que estuvo siempre tan ajeno de todo esto, pensó siempre en muy distintas cosas, y estuvo tan absorto siempre á tantos y tan diversos cuidados que no pudo, no sólomente entretenerse en ilícitos amores y hacer la corte al vicio, sino ni aun cuidar del modo que convenía de su propia esposa, y disfrutar de los goces domésticos en medio de sus tiernos hijos. Casi siempre tuvo que estar apartado de ellos como nos lo hace saber él mismo: «*Y dejé mujer y hijos que jamas vi por ello.*» Esto puede servir tambien de elocuente cotejo ó comparacion con las misteriosas palabras de su codicilo del 19 de mayo del año 1506, ó sea de la vispera de su muerte.

Harémos aquí alto, porque me parece que es lo suficiente lo dicho para demostrar que doña Beatriz Enríquez, madre de don Fernando, fué esposa en segundas nupcias de Cristóbal Colon, descubridor de la América:

1.º Porque no es absolutamente creíble la opinion contraria, á saber, que Fernando fuera hijo ilegítimo de la misma y del héroe;